

principio y creencia, en la economía universal de la vida, y que por esto es susceptible de una potencialidad todavía mayor, éste sufriría mareos con una tal dirección de su juicio. Y, sin embargo, esta hipótesis no es aún la más penosa y la más extraña en el reino infinito y casi inexplorado de nociones peligrosas; y realmente, buenos motivos para mantenerse lejos abundan á centenares... para quien puede. Por otra parte, si nuestra nave fuese llevada hasta allá, tanto mejor; ¡apretad los dientes!, ¡abrid bien los ojos!, ¡la mano firme en el timón!, porque nuestra nave pasa más allá de la moral; porque pisamos y tal vez destruimos los últimos vestigios de nuestra propia moralidad; porque nos aventuramos en este rumbo; pero, ¡qué importa de nosotros! Lo que importa, es que ante los atrevidos exploradores y aventureros, se han abierto las puertas de un mundo de conocimientos más profundos; y el psicólogo que se dispone á tal «sacrificio»—el cual no es ciertamente «sacrificio del entendimiento»—á lo menos podrá pretender que se reconozca nuevamente á la psicología el primer lugar entre las ciencias, las cuales la sirvan de preparación. Porque entonces la psicología será de nuevo el camino que conduce á la investigación de los problemas fundamentales.

CAPITULO II

EL ESPÍRITU LIBRE

24. ¡O sancta simplicitas! ¡En medio de cuán extraña simplicidad, en medio de cuánta falsedad, vive el hombre! No concluye uno de maravillarse, cuando llega á ver tal prodigio. ¡Cómo hemos sabido hacer claras, libres, fáciles y sencillas todas las cosas que nos rodean! ¡cómo hemos sabido conceder á nuestros sentidos un pasaporte para toda superficialidad, y á nuestro pensamiento un deseo divino de saltos caprichosos y de conclusiones desvariadas! ¡cómo hemos sabido ya desde el principio conservar nuestra ignorancia para gozar de una libertad, de una imprevisión, de una seguridad y descuido, de una serenidad casi inconcebibles! y todo, ¡para gozar de la vida! Sobre las bases sólidas é inmovibles de la ignorancia pudo fundarse hasta el día de hoy la ciencia; pudo fundarse la voluntad de saber sobre la base de una voluntad mucho más poderosa, la voluntad del no saber, de la incertidumbre, de la mentira. ¡Y no como un opuesto, sino como una perfección y refinamiento! ¡Cómo nos cambian y truecan las palabras en la boca! *El lenguaje*, que no sabe librarse de su batahola y que nos habla de opuestos donde no hay más que diferencia de grados, y la hipocresía de la *moral* que ha penetrado irremisiblemente en nuestra carne y en nuestra sangre! De cuando en cuando nos acordamos de esto y nos reímos en nuestro interior al pensar que la

mejor de nuestras ciencias trata de entretenernos en este *mundo simplificado*, enteramente artificial, alterado y falseado conscientemente; y al pensar que esta ciencia ama voluntaria ó involuntariamente al error, por lo mismo que, viviente, ama la vida.

25. Después de una introducción tan alegre, no deje de escucharse una palabra seria que dirijo á los más serios entre los serios. ¡Guardaos muy mucho, oh, filósofos y amigos de la ciencia, de exponeros al martirio, de sufrir por la causa de la «verdad»! ¡Y guardaos también de defenderos á vosotros mismos! Esto corrompe la inocencia, la delicada neutralidad de vuestra conciencia, os madura para las objeciones y para las persecuciones, os hace imbéciles, os embrutece, cuando en vuestra lucha con el peligro, con la calumnia, con la desconfianza, con el desprecio, en suma, con todas las peores consecuencias de la enemistad, os veáis reducidos á representar el papel de defensores de la libertad sobre la tierra: ¡como si la verdad fuese una «persona» en minoría de edad! Y precisamente vosotros, caballeros de la Triste figura, fabricantes y vendedores de telarañas espirituales, lo sabéis muy bien; sabéis que nada importa que vosotros tengáis ó no razón; sabéis que ningún filósofo, á la larga, tuvo razón; que hay mucha mayor verdad en los puntos interrogativos que ponéis detrás de vuestras palabras y frases favoritas (y, si viene al caso, también detrás de vosotros mismos) que en todos los aparatos solemnes de que os revestís ante los acusadores y ante los tribunales. ¡Retiraos! ¡Escondeos! ¡Sabed llevar bien vuestra máscara para que no se os pueda tomar por otros, para que se os tema un poco! Y no me olvidéis el jardín, el jardín con sus cerrojos

dorados. Y rodeaos de personas que sean como un jardín, ó que semejen á una música sobre el lago cuando se acerca el anochecer y el día se va convirtiendo en recuerdo: buscad la *buena* soledad, aquella soledad libre, ligera, que os permite ser buenos en todos sentidos. ¡Cuán venenosos, cuán astutos y malignos os hace toda guerra que no puede combatirse abiertamente con la fuerza! ¡Cuán *personales* os hace un miedo continuado, un largo espiar los movimientos del enemigo ó de posibles enemigos! Tales deshechos de la sociedad, perseguidos y ojeados, como también los solitarios forzosos, los Spinoza y Giordano Bruno, concluyen por ser, bajo la máscara más intelectual, y quizá sin que ellos mismos lo sepan, vengativos refinados, envenenadores (¡ahóndese un poco en las bases de la ética ó de la teología de Spinoza!), sin hablar de aquel huevo sin sal que se llama indignación moral, la cual, en el filósofo, es indicio de que ha perdido su serenidad filosófica. El martirio del filósofo, su «sacrificarse por la verdad», pone al desnudo cuanto tiene de demagogo y de comediante; y aunque hasta ahora le hemos mirado con una especie de curiosidad artística, es natural que le deseemos ver también en su «degeneración» (en el mártir callejero, en el aborto de la tribuna ó de la escena). Verdad es que al tener tal deseo conviene saber claramente qué es lo que podrá verse, nada más que una diversión satírica, una farsa fin de fiesta, una incesante prueba de que la gran tragedia concluyó: esto suponiendo que toda filosofía fuese, al nacer, una gran tragedia.

26. Todo hombre superior tiende instintivamente á buscarse un nido donde estar al abrigo del vulgo, donde poder olvidar la regla «hombre», para sentirse

á sí mismo como una excepción: exceptuando el caso en que un instinto todavía más fuerte le impulse directamente á aquella regla y le haga buscar la intuición pura y sublime. Aquel que en el roce con los hombres no cambia de color, según las ocasiones, y no se pone verde ó gris por la repugnancia, por el asco, por la compasión, por la tristeza, por el aislamiento, no es ciertamente hombre de gustos superiores; pero, suponiendo que no se cargue de buen grado con la pesadumbre de todo esto, y que trate de sustraerse y de esconderse en su roca, una cosa habrá de cierto: que él no ha nacido, no ha sido predestinado para el conocimiento de los seres. Si tal fuese, debería decirse un día: «al diantre mi buen gusto; la regla es más interesante que las excepciones; más que yo, que soy la excepción»; y descendería á la multitud y entraría muy adentro; el estudio del hombre ordinario, estudio largo, serio, que para ser completo exige mucha simulación, abnegación, confianza y malas compañías— toda compañía que no sea de sus iguales es mala— forma parte integrante de la historia de la vida de todo filósofo, quizá la parte más ingrata, más nauseabunda, más rica de desengaños.

Pero si tiene buena suerte, cual sucede á los niños mimados de la ciencia, hallará en su camino quien le abrevie y facilite su tarea: los llamados cínicos, los que reconocen en sí mismos la animalidad, la vulgaridad, «la regla», pero que poseen también un suficiente grado de ingenio y un estímulo que los obliga á defenderse contra los *testimonios*: y tal vez se revuelcan en el fango de los libros. El cinismo es la sola forma bajo la cual las almas vulgares sienten la honestidad; y el hombre superior debe estar atento á todas las fases del cinismo y estimarse feliz cuando ve

al bufón desvergonzado ó al sátiro científico. Y hasta se dan casos en que al disgusto se añade un atractivo: esto es, que aun por un capricho de la naturaleza, en semejante simio, hace morada el genio, como en el abate Galiani—el hombre más profundo, el más agudo, y quizá el más sucio de su siglo;—mucho más profundo que Voltaire, y, por consiguiente, menos charlatán. Con frecuencia sucede, según hemos indicado, que una cabeza de sabio se halla en un cuerpo de simio; una inteligencia superior, en una alma vulgar: para los médicos y los moralistas fisiólogos, el caso no es raro.

Y siempre que alguien habla sin amargura del hombre, como de un vientre que tiene dos clases de necesidades y de una cabeza que tiene una; siempre que alguien no busque y no quiera ver otra cosa que el hambre, el instinto sexual y la vanidad, como si éstas fueran las tendencias esenciales y únicas en el fondo de las acciones humanas; en suma, siempre que alguien habla «mal» de los hombres, y no con malicia, el amor del conocimiento debe escuchar con atención, como siempre que se habla sin ira. Ya que el hombre airado, desgarrando con sus propios dientes á sí mismo, al mundo, á Dios ó la sociedad, podrá, tal vez, según el criterio de la moral, estar á mayor altura que el sátiro bufón y orondo, pero en todos los demás sentidos se nos presenta como caso más común, más indiferente y menos instructivo. Nadie *miente* tanto como el hombre encolerizado. ✓

27. Es difícil ser comprendido, principalmente cuando se piensa y se vive *gangasrotogati* en medio de hombres que piensan y viven de diversa manera, es decir, *kurmagati*, ó á lo sumo á salto de rana,

mandeikagati—ya véis que hago todo lo posible para que á mí tampoco se me comprenda—y que es preciso estar agradecidos á quien demuestra la buena voluntad de interpretarnos con finura. Mas por lo que concierne á los «buenos amigos», los cuales aman demasiado sus propias comodidades y creen que tienen derecho á ellas por su cualidad de amigos, sería bien que se les concediese cierto retiro donde desfogasen sus malas interpretaciones—así habría ocasión de reír; ó mejor sería abolirlos del todo á estos buenos amigos—así también habría ocasión de reír.

28. Lo más difícil de traducir de una lengua á otra es el «tiempo» y marcha de su estilo, que tiene su fundamento en el carácter de la raza, ó más propiamente, en la mayor ó menor presteza de su «asimilación». Hay traducciones hechas con intención honesta, que son casi falsificaciones y vulgarizaciones involuntarias del original; esto acontece porque no puede producirse el andar enérgico, vivo y alegre del estilo, sin pasar por alto ciertas cosas, ciertas palabras. El alemán es casi incapaz del *presto* en su lengua: por eso no puede traducir las *nuances* más alegres y más temerarias del pensar libre é independiente. Como no admite bufonadas ni sátiras, no puede traducir á Aristófanes ni á Petronio. Toda gravedad, pesadumbre, pompa solemne, adornos fastidiosos de estilo, desarrolláronse entre los alemanes con la mayor exuberancia: la prosa misma de Goethe, con su mezcla de gravedad y de gracia, no constituye excepción; es un espejo «del tiempo viejo» al cual pertenece una expresión del gusto alemán, cuando había un gusto alemán que era un gusto cursi *in moribus et artibus*. Exceptúase Lessing, gracias á su naturaleza de actor dramático, que

sabía muchas cosas y las sabía bien; por algo fué el traductor de Bayle, y conversaba con Diderot y Voltaire, y se deleitaba en los autores cómicos romanos; porque amaba la independencia, huía de Alemania. Pero, ¿cómo sería posible que la lengua alemana, ni aun la prosa misma de Lessing, pudiera seguir la marcha de Maquiavelo que en su *Principe* nos hace respirar el aire fino y seco de Florencia y que refiere las circunstancias más graves en un *allegriissimo* indisciplinado, y quizá no sin el malicioso sentimiento de artista por la síntesis que plantea entre pensamientos largos, pesados, duros, peligrosos por una parte, y por otra una rapidez de galope, un humorismo loco? Y ¿quién podría hacer una traducción alemana de Petronio, el maestro inimitable del *presto* en la inventiva, en las ideas y en las expresiones? ¿Qué importan los miasmas de un mundo enfermo, malo y «viejo», si este mundo tiene «alas de viento», de un viento rápido que da salud porque hace correr! Y por lo que concierne á Aristófanes, genio transformador y completo, el cual basta para que se *perdone* la existencia del helenismo (á lo menos, de gran parte), lo mejor que yo sé de la Esfinge platónica es que en sus restos mortales no hemos hallado ni «Biblia» ni nada de egipcio, de pitagórico, de platónico, sino que hemos hallado á Aristófanes. ¿Cómo habría podido Platón soportar la vida, una vida griega, de la cual renegaba, sin un Aristófanes?

29. Es ventura de muy pocos el ser independientes; privilegio es de los fuertes. El que trata de serlo, teniendo derecho á ello, pero no obligación, demuestra que, no sólo es fuerte, sino también temerario en demasía. Se mete en un laberinto, centuplica los peli-

gros que ya de por sí trae la vida, entre los cuales no es ciertamente el menor el no ver nadie cómo y cuándo se haya aquél extraviado del camino, ni cómo va siendo lenta y solitariamente destrozado por algún minotauro de la conciencia. Cuando un tal ser se arruina irremisiblemente, el hecho acontece tan lejos de la noticia de los hombres, que no pueden éstos compadecerse, ¡y él no puede volver atrás, él ha perdido hasta el derecho á la compasión de los hombres!

30. Nuestras convicciones más elevadas deben parecer insensateces y aun crímenes á las inteligencias de aquellos que no están preparados ó que no son capaces. El exoterismo y el esoterismo, tan en uso entre los indios, los griegos, los persas y los musulmanes y dondequiera que hay jerarquía y no igualdad, no se distinguen porque el filósofo esotérico vea las cosas exteriormente, sin juzgarlas, ni estimarlas, ni penetrarlas; lo esencial es que las ve de bajo en alto, mientras que el esotérico las ve *de alto en bajo!* Hay alturas en el alma, desde las cuales la tragedia misma deja de parecer tragedia; y si todo el mal del universo se concentrara en un solo mal, ¿quién osaría decidir si la vista de este mal produciría necesariamente la compasión y duplicaría de este modo el mal mismo?... Lo que sirve de alimento y de fortaleza á los hombres superiores, debe ser casi un veneno para los hombres inferiores, que son de una especie muy diferente. Las virtudes de un hombre ordinario indicarían tal vez en el filósofo flaquezas y vicios, y es posible que un hombre de disposiciones superiores, si degenera y se arruina, llegue á poseer por esto mismo, en el mundo inferior en que ha caído, las cualidades de un santo.

Libros hay que tienen valor inverso, según que los lea un alma superior y fuerte ó un alma inferior y débil; en el primer caso, son heraldos que aumentan la bravura de los bravos; en el segundo, son libros seductores, corruptores, disolventes. Los libros que á todo el mundo gustan, son libros que siempre huelen mal: el olor de la plebe se les adhiere. Donde la plebe come y bebe y también donde venera, hay siempre mal olor. No vayamos, pues, á la iglesia si queremos respirar aire puro.

31. Los jóvenes suelen venerar ó despreciar sin aquel arte de la «nuance», que es el más hermoso fruto de la vida; y, naturalmente, luego hay que hacer áspera penitencia por haber asaltado á los hombres ó á las cosas con un *si* ó con un *no*. Todo está dispuesto de manera que el peor de todos los gustos, el gusto de lo absoluto, sea cruelmente mixtificado, hasta tanto que el hombre aprende á poner arte en sus sentimientos y prefiere intentar algo de humano, como hacen los verdaderos artistas de la vida. Parece como si la ira y la veneración, propias de la juventud, no dieran paz á la mano, hasta falsear la visión de los hombres y de las cosas y justificar su propio gusto; ya por sí misma la juventud es engañadora y falsa.

Más tarde, cuando el alma joven, amargada por mil desilusiones, se encierra suspicaz en sí misma, todavía apasionada y ardiente, á pesar de sus sospechas y remordimientos, ¡oh, cómo entonces se siente airada contra sí misma, cómo se despedaza á sí misma con impaciencia, queriendo vengar en sí misma su larga ceguera, cual si esta fuese voluntaria!

En esta transición nos castigamos á nosotros mis-

mos con la desconfianza en nuestro propio sentimiento; martirizamos nuestro entusiasmo con la duda, y hasta en la buena conciencia de cubrimos un peligro, un estorbo, un cansancio de la verdadera honestidad; y ante todo, formamos partido contra la «juventud». Pero un decenio más tarde se comprenderá que todo esto era todavía juventud.

32. Durante la época más larga de la historia humana, conocida con el nombre de tiempos prehistóricos, el mérito ó demérito de una acción se juzgaba por las consecuencias que traía consigo: la acción por sí misma no se tomaba en consideración, como tampoco su origen; sino que á la manera que todavía se usa en China, el mérito ó deshonor de los padres pasaba á los hijos. La fuerza retroactiva del buen éxito ó del mal éxito, era el criterio de la bondad ó malicia de las acciones.

Llamaremos á este periodo, *periodo premoral* de la humanidad; el imperativo «conócete á tí mismo» no había sido aún hallado. Por el contrario, en los últimos diez mil años, en las regiones principales de la tierra, llegóse hasta el punto de que la causa, no el efecto, decidiera el valor de las acciones: esto es ya de por sí un gran acontecimiento, una notable perfección del ojo y de la medida, un efecto inconsciente del predominio de valores aristocráticos, de la fe en el «origen»; es la característica de un periodo que puede llamarse *moral*; es la primera tentativa de conocerse á sí mismo. En lugar del efecto, la causa: ¡qué inversión del punto de vista! Y por cierto que costó largas luchas y titubeos! Pero un nuevo y fatal prejuicio, una singular estrechez de interpretación, conquistó el poder; y se interpretó que el origen de la acción era

la intención, y se creyó que el valor de la acción, reposaba en el de la intención.

La intención entonces, era todo el origen, toda la historia de una acción; bajo el imperio de este prejuicio se alabó, se vituperó, se juzgó y se filosofó.

Pero ¿no nos hallamos aquí ante la necesidad de decidernos hoy por una nueva inversión de valores? ¿no estamos ya en el dintel de un periodo negativo, el cual podría llamarse periodo *extramoral*? En el día de hoy, á lo menos entre nosotros immoralistas, nace la sospecha de que no es precisamente la *intención* la que da el valor decisivo al acto, sino que antes bien, todo lo que es intención, todo lo que puede ser visto, conocido, «conscio», pertenece á la superficie, á la piel, y como toda piel, indica algo, pero oculta más. En una palabra, creemos que la intención no es más que una señal y un síntoma que necesita de explicación, un signo susceptible de múltiples interpretaciones y que nada significa por sí mismo; creemos que la moral, tomada en su antiguo sentido, en el sentido de moral de intenciones, fué un prejuicio, tal vez algo interino y provisional como la astrología y la alquimia, y en todo caso, algo que se debe abandonar. La derrota de la moral, este largo y obscuro trabajo, está reservado á las conciencias más delicadas, más francas y (hoy) más malas, como á piedras vivas, piedras miliarias del progreso del alma.

33. No hay remedio. Es necesario hacer inexorable proceso á los sentimientos de abnegación y de sacrificio, á toda la moral altruística, y también, á la estética de la «contemplación desinteresada que hoy sirve para enmascarar seductoramente la afeminación